

ROBERT BLY Y SUS IDEAS SOBRE LA TRADUCCION

Nada nuevo descubro, me temo, si empiezo diciendo que el gran poeta norteamericano Robert Bly es un excelente traductor, autor de, entre traducciones de diversas lenguas, logradas versiones de poetas españoles (como Juan Ramón Jiménez, Lorca o Machado) e hispanoamericanos (como Vallejo y Neruda). Sin embargo, lo que sí constituye una no menos grata sorpresa es un reciente libro que, bajo el título de *The Eight Stages of Translation*¹, nos brinda no sólo un ramillete de buenas traducciones, sino también un excursus teórico sobre su experiencia y su práctica traductoras. En nuestra lengua, existen tentativas parecidas, en las que un poeta y/o traductor habla sobre su “poética de la traducción”, acompañando tal exposición de ejemplos concretos en los que se llevarían a la práctica los principios los principios previamente elaborados; pero no son precisamente abundantes. Pienso en *Literatura y literalidad* (1971), de Octavio Paz, o en *Traiciones del traductor* (1978), de Francisco Elvira-Hernández. En lengua inglesa, las obras de este tipo son probablemente más numerosas, aunque confieso que hago esta afirmación en tono hartamente especulativo, dado que no me viene a la mente ninguna publicación análoga —si bien no olvido, naturalmente, las luminosas reflexiones de Pound, o aun la famosa y pionera pieza de Ernest Fenollosa, en un sentido parecido, mas no exactamente equivalente.

Sea como fuere, el volumen que ahora nos ocupa tiene bastante más envidia de la que podría sugerir su reducida extensión. Sin llegar a la cincuentena de páginas, Bly nos aporta, no unas consideraciones en abstracto sobre la traducción, sino una demostración práctica de su propio método, que ejecuta tomando como objeto de la experiencia un soneto de Rilke escogido, según nos dice (estas cosas son siempre un poco difíciles de creer; pero aceptamos su palabra), al azar. Así pues, el procedimiento seguido por el autor es inductivo y empírico, lo cual no obsta para que al final nos encontremos con una propuesta metodológica de valor nada desdeñable, y de la que podrían aprender no poco tantos y tantos traductores mediocres; si en éste como en muchos casos el método apenas sirve para algo cuando quien lo aplica no está a la altura de sus exigencias y posibilidades, al menos tendrá la virtud de concienciar al diletante respecto a la complejidad y sutileza del proceso.

Pero examinemos más detenidamente la propuesta de Bly. ¿Cuáles son esas ocho fases de la traducción? La primera, lógicamente, es la traducción literal del texto original, aquélla en la que con frecuencia terminan su labor los malos traductores. Después, en una segunda etapa, se tratará de penetrar más hondamente en el significado del original, identificando sentidos que no son visibles de inmediato, localizando anfibologías y ambigüedades y, en definitiva, intentando desvelar los misterios ocultos del texto, en especial aquéllos que generan nuestra resistencia en el proceso de intelección. En efecto, si no logramos despejar toda duda o vacilación, aceptando la superioridad de lo que Walter Benjamin llamó “el texto *sagrado*” (el subrayado es mío), no estaremos en modo alguno cualificados para traducirlo, pues inevitablemente trivializaremos ese *más allá* de excelencia semántica y verbal que, supuestamente, convertiría a una pieza en digna de ser traducida por nosotros. Alimentados de estas conclusiones, entonces, de este mejor conocimiento de las potencialidades del original, entramos en el tercer momento, que nos vuelve a ese primer borrador literal. Ahora, hay que

“retraducir” esa versión, que será excesivamente deudora de los usos lingüísticos de la lengua original, a la norma de la lengua receptora (que normalmente será siempre nuestra lengua materna, y que en el caso de Bly, es evidentemente, el inglés).

El cuarto paso reviste mayor originalidad que los anteriores, en realidad sumamente palmarios, pues implica una nueva traslación del borrador, en este ejemplo del “inglés” al “americano”. Con ello, Bly hace alusión a esa cualidad conversacional y oral de la poesía norteamericana que supone una de las grandes aportaciones de hombres como Whitman, Pound o William Carlos Williams, al precepto de que la versión *suenen bien* no ya en relación a la norma gramatical, sino al oído entrenado en un idiolecto y sociolecto naturales, realmente existentes en un lugar y un tiempo determinados. Digamos de pasada que, al optar por la vía de la historicidad de toda versión dada, esto es, por la necesidad de que cada sociedad y cada período elaboren sus propias y cambiantes traducciones de unos mismos textos, Bly está tomando una importante decisión: la de que toda traducción suya debe leerse como si fuera un poema más de su pluma y su contexto. Pero precisamente para evitar que este impulso *traicione* en exceso la esencia del original se introduce la quinta fase, consistente en un análisis del *tono* del original y, consiguientemente, en una tentativa de que la traducción no llegue a contradecir su nivel discursivo y estilístico. Y algo semejante sucederá en la sexta etapa de esta ya larga carrera de revisiones en lo que atañe a los sonidos. Bly no tiene nada que ver, afortunadamente, con esos traductores del XIX que se empeñaban a toda costa en realizar versiones rimadas; de hecho prescinde de toda rima que no sea interna y hasta cierto punto fortuita. Por eso, es significativo que la sustitución de palabras y ordenamientos sintácticos con objeto de asemejar los efectos sonoros de traducción y original venga a tener lugar en un instante tan tardío dentro del proceso. Y aun así, nos movemos en un área harto pantanosa y subjetiva, según el mismo poeta reconoce: “One can never be sure, when helped by sound to a solution, if the solution is reasonable, justifiable, within Rilke’s area of meaning.” Es aquí donde reside toda la clave, y donde el traductor habrá de hacer gala de todo su tacto y toda su delicadeza, repasando etimologías y sopesando el poder evocador y connotativo de la materia fónica.

Y arribamos al peldaño número siete. Su objetivo es el de recabar la colaboración de un hablante nativo de la lengua original y pedirle que supervise y mida la propiedad de las decisiones anteriormente tomadas. Es innegable que ya en las dos primeras etapas se habrá podido solicitar su concurso, pero es ahora cuando conviene que su criterio someta a un control riguroso lo realizado. De este modo, desembocamos en la octava y última fase, la redacción de la versión definitiva, en la que podemos cotejar nuestros resultados con otras versiones debidas a traductores distintos que puedan existir. El texto ha sido traducido, si no alcanzando la perfección, sí ese grado de redondeamiento que nos permite abandonarlo a su suerte.

Hasta aquí las ideas de Bly, que me he permitido resumir, generalizar y, en muchos aspectos, “traducir” a una nomenclatura más técnica. Porque acaso uno de los principales atractivos de su ensayo sea el eludir casi por sistema la terminología lingüística, en beneficio de una transparencia acorde con su falta de ambición teorizadora. Bly, como Octavio Paz en el opúsculo citado al principio, me recuerda un poco esa anécdota del saxofonista Johnny Hodges, que al ser preguntado sobre cómo tocaba, dijo meramente: “Así” —y empezó a interpretar un solo—. Para bien y para mal, el oficio de traductor es, como antes apuntaba, algo que sólo hasta cierto punto se puede “aprender”. Sobre todo si cuando hablamos de traducción nos referimos a la traducción literaria y, más en concreto, a la traducción de poesía.

SECCION BIBLIOGRAFICA

En este sentido, las versiones de poesía noruega, sueca, alemana, italiana, francesa, española y provenzal (toda una exhibición de facultades) que llenan la segunda parte de este libro son algo semejante al fraseo virtuoso de Hodges, una corroboración de que aparte de tomarse el trabajo con la seriedad y la paciencia que revelan estos ocho pasos de Bly, el talento es otro requisito irrenunciable.

Mas aunque no baste una lectura atenta de *The Eight Stages of Translation* para hacer de todo autor de traducciones un buen traductor, ésta cuando menos cumple con el singular cometido de alertarnos sobre un hecho que a menudo se olvida: que la traducción es una actividad creativa de máximo rango. Por mucho que las malas traducciones nos invadan por doquier, ello no invalida el principio general de que una buena traducción demanda no menos capacidad que la elaboración de un buen poema. Eso ya lo dejó dicho Novalis hace casi dos siglos, por mucho que la experiencia habitual, ésa que convierte a Robert Bly en meritoria excepción, parezca empecinada en desmentirle.

Bernd Dietz

1. Robert Bly, *The Eight Stages of Translation*. Boston: Rowan Tree Press, 1983, 107 pp.